

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XIV.- BARTIMEO: “*MAESTRO, QUE PUEDA VER*”.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Seguimos orando y meditando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama. Y hacemos estos retiros porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Nos lo dijo en “*Deus caritas est*” el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

También nos lo dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

Como hemos visto en los diferentes retiros, a veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como le ocurrió a **Jacob**. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de **Gedeón**. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la **mujer cananea**. Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación en la noche, como vimos que le ocurrió a **Nicodemo**.

También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al **endemoniado de Gerasa**; o atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la **viuda de Naín**; o para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parece que están más alejados de Él, como la **mujer pecadora**. Incluso el encuentro es posible también para quien “oficialmente” es un enemigo, como el **centurión romano**, pero que en realidad es un auténtico testigo de fe.

El encuentro con el Señor es posible aun estando **en medio de una tempestad**, en medio de los contratiempos, incluso de los más graves problemas y situaciones que puedan aquejarnos en lo personal o en lo social.

También hemos visto que hay algo necesario para encontrarnos con el Señor: y es desear conocerle, como los **griegos** que se dirigieron al Apóstol Felipe porque querían ver a Jesús. Y también hay que tener en cuenta que el encuentro con el Señor a lo mejor no responde a nuestras expectativas; más aún, nos puede incluso escandalizar, como en los **discípulos de Juan Bautista**.

También en el encuentro con el Señor a veces deberemos asumir una actitud creativa, como los **amigos que llevaban al paralítico** o sin miedo al qué dirán, como **Zaqueo**. Y hoy descubriremos que el encuentro con el Señor puede producirse aunque no lo veamos, como **Bartimeo**.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- Si pienso en personas que sufren ceguera, ¿cuáles creo que son las mayores dificultades a las que se enfrentan? ¿Y en lo referente a la fe, cuáles pienso que son sus limitaciones?

JUZGAR – Marcos 10, 46-52:

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna.

Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí”.

Muchos le regañaban para que se callara.

Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”.

Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”.

Llamaron al ciego, diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llama”.

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?”.

El ciego le contestó: “Maestro, que pueda ver”.

Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha curado”.

Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

CIEGOS, COMO BARTIMEO

Este encuentro con el Señor se produce, aparentemente, de forma casual, pero no es así: hay que detenerse e imaginar la escena, como en el cine. Ver a la muchedumbre, a Jesús, al ciego... intentar adivinar sus sentimientos...

Bartimeo es un pobre, no puede trabajar. Espera, sentado, tiende la mano a los que pasan. “Oye” pasar una muchedumbre y se “entera” de que Jesús de Nazaret está entre la multitud. Entonces se pone a gritar, usando el título más popular para hablar de Jesús: “Hijo de David”.

En contra de lo que cabría esperar, el principal protagonista de este encuentro no es Jesús. Éste se limita a ir por el camino y, cuando oye a uno que le grita repetidamente pidiéndole que se compadezca de él, ni siquiera se acerca para saber qué quiere. Lo manda llamar. Y cuando tiene lugar el milagro, señala que todo es mérito del ciego.

Estos serían los hechos, pero hay que profundizar en su significado: Bartimeo es un mendigo **ciego sentado al borde del camino**. En su vida siempre es de noche. Ha oído hablar de Jesús, pero no conoce su rostro. Tampoco puede seguirle. Está junto al camino por el que marcha Jesús, pero sin poder transitar por él.

No es difícil reconocernos en la figura de Bartimeo. También nosotros somos como ciegos a la vera del camino. No vemos claro, es necesario que el Señor mismo nos haga poder ver, para vernos a nosotros mismos, a nuestra realidad, a nuestra Iglesia.

Una de las razones que nos impiden ser de verdad nosotros mismos y encontrar nuestro camino en la vida es el no comprender hasta qué punto estamos ciegos. Son muchas las cosas que tenemos ante los ojos. Vivimos en una sociedad llena de reclamos que captan nuestra atención y se nos imponen, y que no tenemos necesidad de buscarlos y descubrirlos: están delante de nosotros.

En cambio, lo que es invisible no se impone, debemos buscarlo y descubrirlo. Dios se encuentra con nosotros en nuestro ser más profundo y auténtico, pero, ¿qué podemos hacer cuando la fe se va apagando en nuestro corazón y nos quedamos “ciegos”?

También como Iglesia estamos ciegos. Aunque nos consideremos discípulos suyos, a menudo desconocemos a Jesús. Nos falta luz para seguir su camino. No vemos hacia dónde se encamina la Iglesia. Ni siquiera sabemos qué futuro queremos para ella y qué dirección tomar.

Muchos “practican” una religión que en realidad no logra convertirlos en seguidores de Jesús; viven junto al Evangelio, pero sin incorporarlo a su vida. Permanecen “sentados al borde del camino de Jesús”, instalados en una religión de mero cumplimiento, sin fuerza para seguir sus pasos.

Reconozcamos pues que vivimos a veces como ciegos, sin ojos para mirar la vida como la miraba Jesús. Que nos quedamos «al borde del camino» que abre Jesús, sin tenerle como guía de nuestras comunidades cristianas. Por eso Marcos narra el encuentro del ciego Bartimeo con Jesús: para animar a sus lectores a vivir un proceso que pueda cambiar sus vidas.

Para la reflexión:

- ¿Qué me llama más la atención de este pasaje?
- ¿Tengo conciencia, ante Jesús, de ser un “ciego”? ¿En qué aspectos lo soy?
- Lo que es invisible no se impone, debemos buscarlo y descubrirlo, porque Dios se encuentra con nosotros en nuestro ser más profundo y auténtico. ¿Tengo esa actitud de búsqueda? ¿Abro a Dios mi ser más profundo y auténtico?
- También como Iglesia estamos ciegos. Ignoramos hacia dónde se encamina, no sabemos siquiera qué futuro queremos para ella. ¿Qué pone de manifiesto nuestra ceguera como Iglesia?
- ¿Soy de los que permanecen “sentados al borde del camino”, instalado en una religión de cumplimiento?

UNOS PASOS QUE LO CAMBIAN TODO

¿Qué podemos hacer para salir de nuestra ceguera? El encuentro de Bartimeo con Jesús nos da la clave. Quien quiera seguir a Cristo ha de recorrer los pasos que recorrió Bartimeo: Primero, a pesar de su ceguera, Bartimeo se entera de que por su vida está pasando Jesús. También nosotros debemos aprender a presentir, a identificar la presencia del Señor en los acontecimientos que conforman nuestra vida, por duros y dolorosos que sean.

Una vez ha descubierto que Jesús pasa por su vida, Bartimeo no puede dejar escapar la ocasión y comienza a gritar una y otra vez: **ten compasión de mí**. El ciego no sabe recitar oraciones hechas por otros. Sólo sabe gritar y pedir compasión porque se siente mal, y este grito humilde y sincero, repetido desde el fondo del corazón, será el comienzo de una vida nueva para él.

La actitud de Bartimeo, gritando insistentemente a Jesús que se compadezca de él, es la actitud que nosotros debemos tener cuando no acabamos de entender lo que nos ocurre o no somos capaces de llevar a la práctica lo que Jesús enseña. La oración es “un grito” que no teme molestar a Dios.

Nosotros, habitualmente presentamos al Señor nuestra petición una, dos o tres veces, pero no con mucha fuerza, y luego nos cansamos de pedirlo. En cambio, el ciego Bartimeo no se cansa de gritar. Así hemos de hacer nosotros, “gritar” al Señor, pedirle que tenga compasión de nosotros.

Otro detalle es que el ciego sigue en el suelo, lejos de Jesús, pero sabe escuchar su voz, que le llega a través de sus enviados: **Ánimo, levántate, que te llama**. Éste es el clima que necesitamos crear en la Iglesia: animarnos mutuamente a reaccionar, a no seguir **al borde del camino** instalados en una religión convencional, a levantarnos para seguir a Jesús, que nos está llamando.

Bartimeo, a continuación, **soltó el manto** porque le estorbaba para encontrarse con Jesús. Parece un detalle sin importancia, pero recuerda el comienzo del Evangelio, cuando los primeros Discípulos **dejando las redes, lo siguieron** (Mc 1, 18). Bartimeo nos enseña que, para encontrarnos con Jesús y seguirle, es inevitable dejar algo. Unos dejaron sus barcas, y Bartimeo tuvo que dejar su manto.

Aquel manto, en cierto modo, lo cualificaba como persona, era testigo de su discapacidad y le servía para recoger las limosnas que le arrojaban y para defenderse del frío de la noche. Pero Bartimeo no duda en soltarlo porque sabe que ya no va a servirle de nada si, como desea fervientemente, va a acabarse su ceguera.

Y además, inmediatamente, aunque todavía se mueve en tinieblas, **dio un salto y se acercó a Jesús**. Es un símbolo del “salto de la fe” que todos debemos dar en un momento dado si nos tomamos en serio el seguimiento de Jesús. El salto de la fe es un salto “a ciegas”, como María en la Anunciación, apoyados únicamente en su Palabra. Es una decisión firme que tomamos de ponernos ante el Señor, confiando en Él aunque no veamos claras todas las etapas del camino.

Bartimeo fue un hombre decidido y por eso pudo encontrarse con el Señor. Y Jesús siente predilección por quienes se parecen a Bartimeo, aquéllos que, conscientes de sus deficiencias, de sus cegueras, son capaces de gritar su impotencia, de reconocer su pequeñez y su necesidad de los otros. Y que, cuando llega el momento, saben “soltar” lo que les daba seguridad para dar el salto de la fe buscando el encuentro con Él.

Para la reflexión:

- ¿Me entero de que Jesús pasa por mi vida? ¿En qué identifico su presencia?
- ¿Grito al Señor en la oración? ¿Me canso de gritarle?
- Éste es el clima que necesitamos crear en la Iglesia: Animarnos mutuamente a reaccionar, no seguir instalados en una religión convencional, levantarnos para volver a Jesús, que nos está llamando. ¿Se da este clima en mi parroquia, Asociación o Movimiento? ¿Qué hago para ayudar a crear ese clima?
- ¿Qué “mantos” debería soltar porque me impiden encontrarme con Jesús? ¿Hay algo que no esté dispuesto a “soltar”?
- ¿He dado ya el “salto de la fe” hacia Jesús? ¿Hay algo que me dé miedo, que me retenga?

MAESTRO, QUE PUEDA VER:

Del corazón de Bartimeo sólo brota una petición: **Maestro, que pueda ver**. Sabe muy bien lo que necesita, es lo más importante, porque si sus ojos se abren, todo cambiará. Cuando uno comienza a ver las cosas de manera nueva, su vida se transforma.

Maestro, que pueda ver. Sólo eso. Esta oración de Bartimeo es un modelo permanente para todos los que están anclados en la ceguera. Una oración para recitar pausadamente mientras todo se retuerce y se complica, cuando no somos capaces de descubrir los valores de la vida y de la verdad, de la justicia y del amor, cuando no sabemos discernir los signos de los tiempos para hacer realidad el Plan de Dios sobre la Historia.

Maestro, que pueda ver. Ésta es la oración y la curación que necesitamos hoy los cristianos. Si cambia nuestro modo de mirar a Jesús, si leemos su Evangelio con ojos nuevos, si captamos la originalidad de su mensaje y nos apasionamos con su proyecto del Reino, la fuerza de Jesús nos arrastrará y nuestras comunidades conocerán la alegría de vivir siguiéndole de cerca.

Pero como hemos dicho, el principal protagonista de este encuentro no es Jesús, sino el ciego. Y Jesús destaca que el mérito es suyo: **tu fe te ha curado**. Jesús pone de relieve la importancia de la fe. Para captar los signos de Dios en la historia humana y en el camino personal de cada uno necesitamos la fe de Bartimeo, porque con fe se ven las cosas, la vida y las personas con otros criterios: los de Dios.

Sin fe, los acontecimientos de cada día no pasarán de ser meros sucesos fortuitos, muchas veces absurdos, simple resultado de circunstancias aleatorias; y no los veremos como son: historia en que Dios nos ama y salva y presencia del Señor en los signos de los tiempos.

La fe equivale a estrenar ojos nuevos, como el ciego Bartimeo, para ver la vida, el mundo y las personas desde Dios, para iluminar y dar sentido a la existencia individual y comunitaria, para entender la realidad personal, familiar y social, incluso cuando no se les ve sentido ni valor alguno.

Cualquiera de nosotros tiene grandes dificultades para ver el camino, para comprenderlo. Pero a pesar de nuestra ceguera, nosotros, como Bartimeo, queremos poder ver. No sabemos muy bien qué podemos esperar de Jesús, cuál es su camino para nosotros, pero tenemos fe en Él.

La luz de la fe ilumina y da sentido a la vida del ser humano porque pone claridad en el origen, de dónde venimos, y en el término, el fin de nuestro destino. Y la fe ilumina de una forma más cercana la existencia individual y comunitaria de cada uno de nosotros, la vida de cada día, lo que debo hacer en cada momento. Por eso, que esté siempre en nuestros labios la súplica del ciego: **Maestro, que pueda ver**, para descubrir así los signos constantes de su presencia y de su llamada.

Para la reflexión:

- ¿En alguna ocasión mi oración ha sido: **Maestro, que pueda ver**? ¿"Recuperé" la vista?
- La fe equivale a estrenar ojos nuevos, como el ciego Bartimeo, para ver la vida, el mundo y las personas desde Dios. la fe ilumina de una forma más cercana la existencia individual y comunitaria de cada uno de nosotros, la vida de cada día, lo que debo hacer en cada momento. ¿Cómo se concreta esto en mi vida cotidiana?

ACTUAR: LO SEGUÍA POR EL CAMINO

El ciego Bartimeo es un exponente del ser humano desamparado y ciego. En mayor o menor medida, todos estamos reflejados en él. En este encuentro, Jesús reconoce en Bartimeo a la humanidad caída y necesitada de luz y esperanza.

El ciego Bartimeo es también un modelo de fe, un hombre que no se avergüenza de reconocerse limitado y gritar, aunque la gente pretenda hacerle callar. Cuando se le presenta su oportunidad, quita estorbos soltando el manto y de un salto se acerca a Jesús. Y, una vez curado, lo sigue con decisión total. Con la misma fe que lo condujo a su curación, inicia una vida totalmente nueva, como persona libre y responsable.

La experiencia decisiva de Bartimeo es que, por su fe, recobra la vista y, al decir que sigue a Jesús, se nos está indicando que al mismo tiempo que la luz para sus ojos ciegos, recibe otra luz y emprende un camino nuevo: el del seguimiento.

Por eso, fe y seguimiento son dos conceptos clave en este encuentro de Bartimeo con Jesús. La ceguera y la vista son un símbolo de la incredulidad y de la fe, respectivamente. La increencia consciente y el ateísmo activo constituyen una ceguera de espíritu que deja la vida de la persona totalmente a oscuras, sin que pueda discernir su propia dignidad y su destino final.

Y la luz de la fe impulsa al seguimiento. Una ceguera muy peligrosa para nosotros los cristianos, colectivamente en cuanto Iglesia y personalmente en cuanto creyentes, es creer que la fe no necesita concretarse en el seguimiento de Jesús.

En los cuatro Evangelios se dice con toda claridad que la relación fundamental del creyente con Jesús se interpreta y expresa a partir de la idea del seguimiento. Creer en Jesús, además de afirmar su existencia y de creer en su Palabra, es seguirle.

El verbo seguir, o la palabra seguimiento, aparece setenta y nueve veces en los Evangelios y noventa y una en el Nuevo Testamento. Se trata, por tanto, de una idea central, que proviene del mismo Jesús y que es fundamental en su mensaje.

El seguimiento supone asumir un destino, el de Jesús, y lleva consigo la idea de acción y tarea a realizar, las suyas. Y la imagen del seguimiento es el camino, el camino por el que transita Jesús y el Camino que es el mismo Jesús.

Por eso, el encuentro de Bartimeo con Jesús es una llamada a gritar al Señor: **Que pueda ver**, pero con la decisión de no quedarnos al borde del camino, sino de seguirle cada día para, en ese camino, continuar su misión evangelizadora y la construcción de su Reino.

Para la reflexión:

- Una ceguera muy peligrosa para nosotros los cristianos, colectivamente en cuanto Iglesia y personalmente en cuanto creyentes, es creer que la fe no necesita concretarse en el seguimiento de Jesús. ¿Cómo se concreta mi seguimiento de Jesús?

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XIV- BARTIMEO: “MAESTRO, QUE PUEDA VER”.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- Si pienso en personas que sufren ceguera, ¿cuáles creo que son las mayores dificultades a las que se enfrentan? ¿Y en lo referente a la fe, cuáles pienso que son sus limitaciones?

JUZGAR – Marcos 10, 46-52:

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna.

Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí”.

Muchos le regañaban para que se callara.

Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”.

Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”.

Llamaron al ciego, diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llama”.

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?”.

El ciego le contestó: “Maestro, que pueda ver”.

Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha curado”.

Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

CIEGOS, COMO BARTIMEO

- ¿Qué me llama más la atención de este pasaje?
- ¿Tengo conciencia, ante Jesús, de ser un “ciego”? ¿En qué aspectos lo soy?
- Lo que es invisible no se impone, debemos buscarlo y descubrirlo, porque Dios se encuentra con nosotros en nuestro ser más profundo y auténtico. ¿Tengo esa actitud de búsqueda? ¿Abro a Dios mi ser más profundo y auténtico?
- También como Iglesia estamos ciegos. Ignoramos hacia dónde se encamina, no sabemos siquiera qué futuro queremos para ella. ¿Qué pone de manifiesto nuestra ceguera como Iglesia?
- ¿Soy de los que permanecen “sentados al borde del camino”, instalado en una religión de cumplimiento?

UNOS PASOS QUE LO CAMBIAN TODO

- ¿Me entero de que Jesús pasa por mi vida? ¿En qué identifico su presencia?
- ¿Grito al Señor en la oración? ¿Me canso de gritarle?
- Éste es el clima que necesitamos crear en la Iglesia: Animarnos mutuamente a reaccionar, no seguir instalados en una religión convencional, levantarnos para volver a Jesús, que nos está llamando. ¿Se da este clima en mi parroquia, Asociación o Movimiento? ¿Qué hago para ayudar a crear ese clima?
- ¿Qué “mantos” debería soltar porque me impiden encontrarme con Jesús? ¿Hay algo que no esté dispuesto a “soltar”?
- ¿He dado ya el “salto de la fe” hacia Jesús? ¿Hay algo que me dé miedo, que me retenga?

MAESTRO, QUE PUEDA VER:

- ¿En alguna ocasión mi oración ha sido: Maestro, que pueda ver? ¿”Recuperé” la vista?
- La fe equivale a estrenar ojos nuevos, como el ciego Bartimeo, para ver la vida, el mundo y las personas desde Dios. la fe ilumina de una forma más cercana la existencia individual y comunitaria de cada uno de nosotros, la vida de cada día, lo que debo hacer en cada momento. ¿Cómo se concreta esto en mi vida cotidiana?

ACTUAR: LO SEGUÍA POR EL CAMINO

- Una ceguera muy peligrosa para nosotros los cristianos, colectivamente en cuanto Iglesia y personalmente en cuanto creyentes, es creer que la fe no necesita concretarse en el seguimiento de Jesús. ¿Cómo se concreta mi seguimiento de Jesús?

